|  |
| --- |
| **Cuidado, peligro…** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 07 / 2004 |
| Parte del trabajo de ser padre –el término incluye paternidad y maternidad- y también maestro, digamos que un aspecto que todos los mayores consideran casi consustancial a su condición frente a los menores, es la advertencia. Es como si existiera un programa genéticamente determinado: cuando alguien con más edad está cerca de quien tiene menos años, se dispara un módulo “advertidor”. “No hagas tal cosa, si haces tal otra”, son parte del lenguaje convencional.  No deja de ser irónico, porque lo que queremos padres y maestros es que nuestros hijos o pupilos aprendan. Y a menos que no estemos pensando en el equivalente educacional de la inmaculada concepción, aprender significa poner en práctica, hacer. Lo que, a su vez, significa que las cosas pueden salir mal.   La mayor perversión que podemos exhibir es enseñar sin transferir con la enseñanza el poder que da el saber y aceptar que, por añadidura, su ejercicio -del poder y el saber- proporciona placer. Que sintamos un nudo en la garganta cuando vemos a los aprendices retozando en el campo de la vida con los conocimientos que les hemos proporcionado, no cambia nada. Sólo añade excitación al proceso en su conjunto.   Ahora bien, eso no quiere decir que debemos renunciar a nuestro derecho de prevenir y advertir. El conocimiento no es suficiente. El poder hacer algo, tampoco. Y hay situaciones que objetivamente hacen peligroso el ejercicio de conocimiento y poder.  Pero en lugar de solamente advertir y señalar peligros –la lista es interminable- los mayores debemos definir escenarios precisos en los que quede claro: cuáles son las señales de riesgo, de qué manera se presentan, debajo de qué disfraces se ocultan y –sobre todo- qué hacer frente a ellas.  Justamente ahora, cuando muchas familias parecen vivir bajo el tormento de lo terrible que puede ocurrir – la “ola” de secuestros-, es momento para recordar lo anterior.  El miedo desbordante, la mutilación de la libertad, la queja constante y la admonición permanente, no resuelven nada. Está demostrado y documentado.  Lo mejor que pueden hacer padres y maestros, es conversar con alumnos e hijos, analizar fríamente los escenarios posibles y las acciones que se espera de cada quien frente a sus derivaciones. Obviamente, la expresión de emociones es una parte importante, pero quedarse en esos afectos y además exacerbarlos con amenazas, no ayuda.  Cuando en las organizaciones –la familia lo es- cada persona sabe que, en efecto, hay cosas malas que pueden ocurrir; qué las antecede; cómo se puede tratar de evitarlas y enfrentarlas una vez que suceden; qué puede hacer cada uno, incluyendo los niños, para ello; se preserva un adecuado equilibrio entre alerta y libertad. |
|  |